

EL PABELLON NACIONAL.

Este periódico se publicará el *Martes* y *Viernes* de cada semana. La suscripción vale un peso al mes y se recibe en la misma imprenta.

NUM.º 4.]

AREQUIPA VIERNES 2 DE ABRIL DE 1847.

[UN REAL.

MEMORIAS.

Viernes santo 2 S. Francisco de Paula C.
Sábado 3 Santos San Pancracio Ob.
Domingo 4 Pascua de Resurrección.
Lunes 5 †† San Vicente Ferrer.

Edad de la Luna. Lugar del Sol en el Zodiaco.

2	2 1/2 días.	12°	8.	de Aries.
3	3 1/2	13°	7'	id.
4	4 1/2	14°	6'	id.
5	5 1/2	15°	5.	id.

El sol sale a las 6 h. 6' y se pone á las 5 h. 54'

CORREOS.

ENTRAN	Lima.. 2, 17.	SALEN	4, 19.
	Bolivia. 3, 18.		5, 20.
	Cuzco...15, 30.		17, 2.
	Tacna.. 1, 16.		3, 18.

SUCESOS HISTORICOS.

En 2 de Abril de 1597 murió Sn. Francisco de Paula Fundador de los Mínimos.
En idem idem de 1767 fueron expulsados los Jesuitas de España.
En idem idem de 276 murió Tácito Emperador de Roma.
En idem idem de 1791 murió Mirabeau.
En idem idem de 1801 fué el ataque de Copenague por Nelson.
En idem idem de 1814 fué la proscripción de los derechos de Napoleon al trono de Francia.
En idem idem de 1521 murió Fernando Magallanes, el viajero.
En 3 de Abril de 33 fue la muerte de Jesu-Cristo.
En idem idem de 397 murió Sn. Ambrosio Ob. de Milan.
En 4 de Abril 1284 murió Alfonso X rei de Leon.
En idem idem de 1807 murió la Lante el astrónomo.
En 5 de Abril de 1794 fué la caída de los Dantonistas en Francia, y la ejecución del Danton, Desmoullins, y demás jefes.
En id. id. de 1799 fué la batalla de Magnano dada por Napoleon.
En id. id. de 1818 fué la batalla del Maipú dada por San Martín, que libró a Chile de la dominación Española

POLEMI.

BERTHA LA PESCADORA,

ó

COSTUMBRES DE LOS PESCADORES DE LA BAJA NORMANDIA.

(Por Fulgencio Girard.)

TRADUCCION DE LOS EDITORES.

III.

Así se pasaron dos meses, evitando Pedro la presencia de Bertha con el mismo cuidado que tenía ántes para buscarla. Si por casualidad ó por perseverancia, llegaba Bertha á encontrarle solo, lejos de consolar ó de dar alguna esperanza á esta pobre desamparada, que solo pedía que se le creyese, apesar del gran temor que le causaba el porvenir, se quejaba él de sus persecuciones, de su tiranía, y la dejaba mas afligida, mas sola, temiendo las miradas y preguntas de todos, privada hasta del seno de una amiga en que poder desahogar sus angustias, y precisada á verter en secreto sus lágrimas, á devorar en secreto su amargura.

Corrió todo el tercer mes, sin que ella pudiese dirigirle una sola palabra; aunque es verdad que la pobre habia dejado de seguir sus pasos. Era cosa mui cruel para ella ver que todas sus caricias se iban á estréllar en este corazón duro y helado,

EL PABELLON.

REFLEXIONES OPORTUNAS.

Fieles á nuestro programa y á nuestros invariables propósitos, desde sus primeras líneas, hemos procurado dar á nuestro periódico el carácter que siempre le acompañará de juzgar de las cosas, no con ánimo de adular á los que mandan, sino de prestar verdaderos servicios á nuestro país: de alzar el grito contra los abusos y defendernos contra los toscos ataques de las autoridades bolivianas. Ya el público ha juzgado nuestros primeros ensayos y estamos ciertos de complacerle en adelante, no siendo otro nuestro fin que el de mirar por los intereses reales de los pueblos y por lo que mas convenga á la mayoría de la Nación.

Afortunadamente, merced á los importantes servicios del ilustre General Castilla, el Perú se halla restablecido de sus pasadas dolencias y en estado de conservar la paz interior y de repeler con ventaja las agresiones incautas del Presidente de Bolivia. La pureza de una administracion presidida por un hombre de bien, ha conseguido reformas y operado prodijios en el arreglo y recaudacion

para endurecerle y enfriarle mas, como las ondas del mar cuando chocan con los arrecifes.

Bertha no abandonaba ya su choza sino para descender á la playa, cuando el reflujó del mar le permitia pescar en la roca, ó para ir á las óstreras. Pasaba el resto del tiempo al lado de su madre.

Dejó de salir un dia, y su madre, que en todo este tiempo la habia observado con inquietud, viéndola en la noche desecha y abatida, se sentó á su lado.

Púsose Bertha mas roja que un ramo de coral. Su madre Maria Juana, estrechó bondadosamente la mano de su hija entre las suyas, dirigiéndole una mirada triste, pero llena de la mas viva ternura.

Bajó Bertha sus grandes pestañas, y latía su corazón con mayor velocidad.

"Algo tienes, Bertha mia, le dijo, despues de algunos instantes de silencio y con voz dulce y consoladora, su anciana madre; algo tienes; tu jenio cambia todos los dias. Mira!... hace dos meses que tú no eres la misma; tú, ántes tan alegre, tan viva, tan dichosa, estás ahora triste y tan triste que me afliges á mí misma. Ya no tienes actividad sino para el trabajo: ya no sales y pasas tus dias aquí. Complázcome en verte, hija mia; oh sí, Dios mio! mas vé ahí, yo conozco que esto no debe ser así; preciso es que una jóven se divierta: le es tan necesaria la alegría, como lo es el sol á las flores; la alegría es el sol de la juventud. Mira tambien como cambias." Bertha suspira y baja su cabeza sobre su

de las rentas, ha desempeñado las aduanas, introducido el espíritu de economía y dado extension á todos los sistemas que deben procurar la consolidacion del orden y el acrecentamiento de la riqueza. Es cierto que aun queda bastante por hacer y que se echa de ménos en algunas medidas gubernativas y en muchas disposiciones del momento aquel acierto que dimana de la conformidad de los decretos con nuestras exigencias y con los principios mas adelantados de la política y sobre todo de la ciencia económica. Mas no somos injustos para reclamar tanto de un Gobierno que, durante su corta existencia ha afianzado las bases principales del edificio social y nos ha asegurado nuestros mas importantes derechos. Por lo tanto fiamos mucho del tiempo, de este incomprendible agente que gasta los errores, pule la verdad y propende á conducirnos por la via insensible del progreso hácia la libertad social. Esta no es mas que la libertad natural modificada, la cual es anexa á nuestras facultades físicas y morales, á nuestras necesidades y á nuestra naturaleza, porque viene á ser una consecuencia necesaria de ellas.

En tan favorable situacion nada tenemos que recelar del porvenir que nos amenaza. Orden, paz, union, recursos,

conmovido pecho.

"No seas tan niña, le repuso mas afectuosamente Maria Juana. Tu madre es la que te habla: no son estas reprensiones. No, hija mia; mas yo quiero verte siempre contenta. Yo no tengo mas felicidad que la tuya. Poseerte alegre, encantadora, risueña; besar tus sonrosadas mejillas, hé aquí lo que es para mí vivir. Cuando sonríes, yo soi feliz; cuando estás triste, no lo sé, es verdad, pero la afliccion se apodera de mí, se turba mi cabeza, se encienden mis ojos; yo no me hallo buena, Bertha! como si... Mirame pues; ea, hija mia, bésame!... y escúchame ahora tranquilamente!..."

Y despues de haber besado la frente de su querida hija, continuó la buena madre.

"Es menester que me digas lo que tienes, por que no se cambia así de humor sin causa. ¿Qué se han hecho tus hermosos colores, tan lozanos y tan vivos? Tu tez está pálida, tus ojos se ponen mas concavos cada dia... Estás enferma? Preciso es curarse cuando se siente algun mal... No hai chanzas con las enfermedades, ni se les sana sin socorro... No temas, querida hija. Nada te faltará, ni cuidados, ni todo lo mas que necesitas. Para eso tienes á tu madre... y gracias á Dios! que aunque somos pobres, tenemos amigos ricos. Díme pues; estás enferma? Respóndeme! Yo quiero que me respondas! habla pues. Nada tengo, madre mia, nada.

(Continuará)

(ax) megrard relato

son mas que suficientes bienes para presentarnos orgullosos en el nuevo terreno que vamos á pisar y para la segura recuperacion de las ventajas de que repentinamente fuimos privados. No dudamos un punto que la espada del General Castilla sea en adelante el principal instrumento de nuestra venganza y de nuestras glorias y que nuestro nombre, esento de las manchas que le han afeado, quede puro y bien puesto, haciendo ver que la precipitacion en las medidas y la rápida formacion de nuestro ejército, dieron solas lugar á los sucesos que en Ingavi acarrearón nuestras desgracias. Asimismo estamos persuadidos que por su parte, todos los peruanos se brindarán gustosos á cooperar al triunfo de nuestra causa; y si se considera que el ataque de Ballivian es el mas villano, el mas escandaloso que contra la libertad de un pueblo, se ha intentado en nuestra América, creemos que para salvarnos, no habrá esfuerzo ni género alguno de sacrificios que no procuremos llevar á cabo con el mayor desprendimiento. El Ejecutivo está autorizado discrecionalmente para poner en planta todos los planes que juzgue conducentes al buen éxito de nuestras operaciones y es llegado el caso de no oponer el menor estorbo á las medidas eficaces que tenga á bien adoptar. Las personas, las propiedades, las fortunas individuales están á disposicion del Gobierno, y no hay peruano que no prefiera perderlo todo á ser humillada por los bolivianos.

POLICIA DE MI TIERRA.

*Déjà s' avance une main longue et sale:
C' est la Police et ses comptes courants.*

BERANGER.

Ya diviso que se acerca
A estrechar la bolsa mia
Una mano larga y puerca
De avarienta Policia.

TRADUCCION DE LOS EDITORES.

"Donde hai policia no hai libertad." decia el célebre Courier; y parece que no se equivocó en este concepto; pues la policia es el azote, la terrible plaga de las sociedades modernas. Nuestra imparcialidad, sin embargo, nos hace confesar que en la Europa culta y principalmente en Francia, no deja de producir grandes bienes este poder despótico y arbitrario, al lado de graves injusticias. Roban a un padre de familia la única alhaja que le habia quedado para subvenir á las exigencias de su casa; ¿Qué es lo que hace entónces la Policia? Aprehender al ladrón en ménos de veinte y cuatro horas, castigarle debidamente y devolver al interesado lo que se le habia substraído. ¿Se comete un homicidio, sin conocerse, ni por sospechas, al autor? Pues ved ahí que la policia le toma en pocas horas, para que los Juzgados le condenen con arreglo á lei. ¿Hai una estremada carestia de viveres? La policia es entónces el Padre del pueblo que provee á sus necesidades con un esmero particular.

¿Qué diversa cosa es la policia de nuestra tierra? Pasa un borrico por la vereda. Tras! la policia arranca á su infeliz dueño un par de reales de multa, sin mas delito que el que estos pobres animales son tambien amantes de sus comodidades y de caminar por buen piso. No barrió algun vecino la calle por que le faltó un muchacho ó por cualquier otro motivo? Tras! la policia, mas ávida que los cuervos, cae sobre

el que tuvo el delito de poseer una casa y le quita cuatro reales de multa. ¿Se dá parte á la policia de que se ha cometido un robo, un asesinato ú otro crimen cualquiera; y entónces responde con sangre fria; ¿quién es el criminal? cómo se llama? dónde vive? ¿cuáles los testigos del hecho? Se le dice que no hai ningun dato sobre el particular; y ella repone; ¿cómo tomaré á quien no conozco y cuyo domicilio me es desconocido? Se infesta la ciudad de bandidos, y ladrones, y nada dice, nada hace la policia por salvar al ciudadano de los males que de esto pueden resultarle.

Sin duda, algun enemigo del hombre y de sus derechos estableció tan caprichoso poder. Mil veces mas útiles eran nuestras antiguas municipalidades que compuestas de sujetos notables y de honradez no conocieron el arte de convertir en oro hasta las mas ligeras faltas; que no se concitaban el odio público, por entrometerse en todo, como las mugeres: que no consumían doce mil pesos anuales en mantener esbirros del pueblo; que sin imponer, sino rara vez multas, cuidaban del aseo y limpieza de la ciudad, mejor que lo hace hoy la policia; que no eran en fin ejecutores sino por el contrario el freno de los mandatarios que por saciar venganzas particulares abusan de su autoridad. Estas y otras consideraciones debieron haber meditado muy detenidamente los diputados del pasado congreso al espedir la lei que extinguia la policia, restituyendo las municipalidades.

(Continuará.)

EPÍSTOLA.

(A LOS BOLIVIANOS EN CONTESTACION A SUS
DENUESTOS)

No habreis, pues, de estrañar, caros hermanos, Que, procurando yo no sean vanos Mis esfuerzos tan débiles cuando hablo, Sin Jerónimo ser y sin ser Pablo, Acerca de aquel odio que honda raiz Contra nosotros echa en vuestro pais, Imite á las solícitas abejas Que al Zángano le soban las orejas, Y ántes que nuestra miel vuestra horda pille, Os punze, ós pique, os raje, os acribille... ¿A que salta, ahora mismo, algun ocioso, Que dice: "del murciélago avevoso Es el verso anterior?" Más con la mano Esas moscas espanto y voi al grano. Aunque por vuestra facha y sucia tez, No lo creyera, nó, ningun Ingles, Quiero yo figurarme desde lejos Que agua teneis y que teneis espejos; Que en ellos os mirais y veis al punto De vuestro personal todo el conjunto, Y que... ¿pero qué tal? Aquí *inter nos*, Podeis quejaros con justicia á Dios, Porque esa cosa tan ignoble y rara, Sin compasion alguna os dió por cara. Ay! en verdad, hermanos, del destino A esplicar los caprichos yo no atino, Ni á dar razon de aquella lei injusta, Que á nadie ménos que á vosotros gusta. ¿Por qué aquella nariz tan... y esos ojos Coronados de espinas y de abrojos? ¿Ese cargado lomo y cerda espesa Que os crece como pasto en la cabeza? Y aquellos largos huesos amarillos, Que llamais vuestros dientes y colmillos, Y por todo lo cual, creed, la jente Os conoce de lejos por el diente? ¿Por qué torciendo vuestra atroz figura, Os privó de elegancia y de finura, Dio á vuestra boca dimension tan lata, A par del labio os estiró la pata, Y abultándoos la oreja y el cogote, Os negó la patilla y el bigote?... ¡Oh dura condicion!... entre mis manos Creedme, de pesar buenos hermanos Me late el corazon... ¡Oh! no creía Que á tal extremo en nuestro mundo habria Jente infeliz que, cuando al cielo place... Aunque, dicen, que Dios sabe lo que hace. Por la parte moral, decidme; cómo, Verdades os diré de tomo y lomo? Ni al describir vuestra elevada ciencia, ¿Cómo apreciar podré la intelijencia

De que está vuestra jente tan segura, Si lo mejor que tiene es la figura? Renuncio, pues, el temerario intento De pintar á lo vivo ese talento Que, abarcando la tierra en su carrera, Os parece encerrais en la mollera, Y que aunque de él tengais profuso acopio, Yo no puedo mirar sin microscopio. Además, mi muñeca se resiste A trazar en papel lo que no existe. Pasemos, pues, á ventilar de paso, Las cuestiones que aquí viniendo al caso, Trayendo á colacion flacos y gordos, Harán nos oigan hasta los mismos sordos. ¿De los vuestros, decís, caros hermanos, Que uno solo valdrá cuatro peruanos?... Teneis razon, si como buena muestra, Sacais á Ballivian á la palestra, Y si cuatro, mirad... de mi amplitú, Os presenta en la lid nuestro Perú; ¿Blasonais de valientes?... no sois llamas, Mas recordad que, gracias á las ramas Y tambien al favor de Sta. Rita, No os hicieron mil veces pedir pita Tanto de Yanacocha en el ensayo, Como acá... en Socabaya y Huchumayo. Mas ya oigo que decís; "cuaje ó no cuájete" "Recibirás un guájete por guájete" Y con fiero talante y ademan Luciendo á vuestra frente Ballivian, ¡Me mostrais á Gamarra y la coluna! Allí quien nos venció fue la fortuna... Y no la tropa macilenta y flaca Que corrió pobrementemente en Mecapaca, Y que olvidó el aimara y castellano Del gran Ancach en el glorioso llano. ¿Y aquello de polleras á qué viene? Solo se puede dar lo que uno tiene, Dijo un paysano vuestro que, á la estaca, Rebuszó largo tiempo en Chuquisaca; A cuatro, pues, poniéndoos las peras No hay que dudar, sí, si teneis polleras. Sois algo torpecillos y villanos A veces ¡no es verdad caros hermanos! Pues quedaos con ello, que no es bueno En la cuaresma codiciar lo ageno... Y si á lucir venis vuestras proezas Por Dios rapaos siquiera las cabezas; Que mas que á vos tememos los furoros De esos otros tambien conquistadores. Me despido por fin hermanos, aunque sienta Que si soi vuestro hermano---soi jumento.

VARIETADES.

BOSQUEJOS

DE

COSTUMBRES.

A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan,
Y el que haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

(IRIARTE.)

1°

Era el miércoles de ceniza del año de 1847, y una multitud de personas de toda clase y condicion, cruzaban por las calles alegres de esta ciudad de Arequipa con una cruz de ceniza en la frente y entregadas al mas silencioso recojimiento. Yo que en dias pasados, habia presenciado el bullicio, la estrepitosa algazara del carnabal y el buen humor y las estravagantes locuras de las mismas jentes que, apesar de la ceniza aun conservaban algunos restos de los polvos del dia anterior, estaba como fuera de mí, al contemplar tan repentino cambio que me traia á las mientes la idea de la calma despues de la borrasca.

Pasaba mi camino, embébedo en esta especie de meditaciones piadosas, cuando el gentio numeroso que desembocaba por las puertas de la Iglesia mayor, me hizo caer en que se salia de oír al padre Sarmiento, agradable y virtuoso predicador, cuyos sermones bien concebidos y mejor espre-sados, hacen durante la cuaresma las delicias de las almas piadosas.—A poco trecho dí con mi amigo D. Fernando Cuevas, antiguo colega, mio compañero de infancia y

el que por sus buenas prendas ejercía un grande imperio en mi corazón. Apesar de mis ocupaciones, cargó conmigo á su casa, y me obsequiaron con esmero él y toda su familia, en cuya compañía permanecí lo más del día, como verá el lector en el siguiente bosquejo.

LA SALA DE RECIBIR.

Ya me estaba afilando el pico para pintar al lector que tenga la calma de leerme, la sala de recibir de las Sras. Cuevas, cuando se me vino la idea de ahorrarme tan ímprobo trabajo. En la ciudad de Arequipa todas las salas de recibir son como las cabezas de las mujeres, es decir semejantes; no por lo que la malicia querría encontrar de ingenioso en mi idea, sino porque en realidad todas las mujeres están peinadas del mismo modo.

Eran más de las doce del día, cuando D. Fernando y yo bajamos al salón de las mencionadas señoras Cuevas, y excepto la madre que había salido por precisión, las tres hermanas, vestidas con bastante decencia, ocupaban sus respectivos asientos. La mayor, esposa de D. Clemente Zea se llamaba Celestina, la segunda Elisa y Pastora la tercera que ya conocemos. Todas tres, hermanas de D. Fernando, eran hijas legítimas del finado D. Lucas Cuevas, catalán honrado que murió poco después de la batalla de Ayacucho, dejando alguna fortuna á sus hijos y á su esposa Da. Eulalia Medina, señora enlazada con las principales familias de esta ciudad. Encontramos muy risueñas á las señoritas, muy ocupadas en la lectura universal del Judío errante y encomiando á cual más los méritos de Eujenio Sue. A instancias mías se pusieron al piano las dos menores hermanas y me cantaron una aria que Ferrety les había enseñado aunque no con brillantez, pero siquiera de un modo agradable.

Ignoraba que la Señorita Elisa estuviera tan adelantada en la música, la dije con una especie de cortedad y una emoción que repentinamente me sobrecojió.

Si hace meses que no se ha llegado al piano, contestó la Pastora; desde que se fue Ferrety. ¡Pobre Ferrety! y dicen que se ha muerto en la Paz. Enseñaba bien, pero tenía el gran defecto de hacer solfear mucho á sus discipulas. Conosco discipula suya á quien le enseñó cuatro meses y ni siquiera sabe cantar una cavatina en Italiano—

Es cierto. ¿Y qué es lo que tanto divierte á la Señorita Elisa? pregunté al verla recorrer un papel con visibles demostraciones de contento.

Es una simpleza me contestó. Robles me ofreció unos versos para mi album. . .

¿Con que tenemos album?

Pues nó y ¿quién no tiene album? La Juana Suares, la Moreno, la Delgadillo, hasta la mano de Oro, todas tienen album. Es pues el caso que Robles me ofreció unos versos y me los acaba de mandar; y qué buenos!

Leémoslos Elisa, á ver que tal lo hace ese. . .

Poco á poco, dijo la Elisa poniéndose el dedo en la boca. Que los lea el señor Osorio, que según sé, lo hace muy bien. Pasome el papel y leí los siguientes:

VERSOS

PARA EL ALBUM DE LA S. D. ELISA DE CUEVAS.

Aunque cual nadie tu belleza suma
Y de tu gracia admiro el esplendor,
Yo no deseo Elisa que mi pluma,
De mi pecho te muestre el interior.

Solo pretendo en tu album, el primero
Derramar mis ideas en su flor,
Apagando los ecos con esmero,
De las májicas voces del amor.

Yo bien pudiera, descorriendo el velo,
Hacer vibrar las cuerdas de tu piano
Y tus cantares elevando al cielo

Alabar otras obras de tu mano;

Y en las almas ansiosas de ilusiones
Que viven en la tierra para amar,
Excitar las fogosas impresiones
Que tú misma cantando sueles dar.

Pero me callo Elisa y enmudesco,
Mi corazón lo siento palpar. . .
Y casi sin quererlo me estreñezco,
Tu dulcísimo nombre al pronunciar. . .

Permite, pues, que el generoso intento
Mi verso ante tus aras interprete,
Y que se eleve el humo hasta tu asiento
Sin que en mi mano veas el pebete;

Y desde el alto trono donde moran
Las bellas que veneran la virtud,
De cuantos tu hermosura, Elisa, adoran
Mira á tus pies la inmensa multitud,

Que entre ellos, yo, humilde, oscurecido,
Haré en mi pecho el corazón callar. . .
Aunque tal vez, ¿quién sabe! si he nacido
Gentilísima Elisa para amar!

—Bravo bravísimo! pues el Sr. Robles señoritas, no es ningún neófito en poesía. Creo que los versos que acabo de leer, si bien dejan cierto sabor de imitación, son bastante bien contruidos y pueden lucir en el album de mi Sra. Elisa.

¿Y él los habrá hecho? preguntó la Celestina.

¿Y quién? le contesté.

No es capaz, prosiguió la misma por que un hombre tan flaco. . . ya vé U. . . y que sabe de memoria tantos versos. . .

—Calla por Dios Celestina, replicó la Elisa, no digas necedades, ni te acredites de tonta. ¿Qué tiene que ver la flacura de Robles con sus versos; ni porqué te empeñas siempre en zarandearle sin consideración alguna.

—Haces bien de sacar la cara por él. Bien se vé qué. . .

¿Qué cosa?

—Nada; mejor es callar, —

—Niñas! Gritó la madre con severo gesto; y un profundo silencio sucedió por algunos instantes á aquella escaramuza.—

Aquel, *bien se vé qué*. . . de la señorita Celestina, aplicado á Robles no dejó de hacerme impresión y de descorrerme un tanto el velo que cubria mis miradas.—

—Basta, basta, dijo al mismo tiempo mi amigo Fernando y ofreciendo la mano á Elisa la condujo al taburete del piano.—

Canta alguna cosa que me tranquilice: no sé que secreto presentimiento me oprime el corazón. . . Canta hermana.

—No tienes por que rogarme tanto. Cantaré para tí, y haré cuanto pueda por darte gusto.

—Gracias, Elisa, —y volviéndose hácia mi; mira Osorio me dijo, es un ángel, y entre mis hermanas todas, es la que prefiero y amo con más ternura.

—Tienes razón, cualquiera haría otro tanto. Linda, discreta, donosa, risueña. . . ¡Oh divina!

—Eso no: dí llena de inefable bondad: sus demás prendas son comunes, su genio es de los cielos.

En este instante su voz pura como el soplo del aura, entonaba con espresion una cantata de la ópera Moisés, y sus magestuosos acentos inspiraban el santo recojimiento que se siente en el interior de un vasto templo que iluminan los pálidos reflejos de la tarde. Todos guardábamos un profundo silencio, y arrebatado yo por no sé que entusiasmo secreto que me causaba tan celestial armonia, iba ya á manifestar por medio de una exclamación los afectos que me dominaban, cuando una larga carejada en que prorrumpió la señorita Celestina, me hizo descender de golpe desde la altura donde mi imaginación se enseñoreaba, — Elisa se detuvo y su descomunal hermana sin contener la risa: — Es menester convenir nos dijo, que son todos UU. unos simples. Por

que Elisa les canta no sé que algaravía sin son ni ton, y que más parece canto de difuntos que otra cosa, se quedan estáticos y con unas caras. . . . vaya! vaya! lo que es la moda! hasta á los cantos de de profundis les ha llegado su vez y no falta mentecatos que los admiren, así como los hai para decir que la cerveza es deliciosa. . . ¡que gánapiros!

—Todos la dejaron hablar y ella por su parte con el rostro encendido no cesaba de continuar sus descabelladas frases, un tanto, avergonzada de haber caído en semejante desatino.

Felizmente vino a sacarnos del embarazo de nuestra situación la voz del criado con la santa palabra: — ¡La sopa está en la mesa! Aunque yo no habia sido convidado, ex-profeso para comer, con todo, la hora avanzada y la costumbre me hacian una lei de corresponder á los deseos de mis amigos — Pasamos á la mesa y comimos ni más ni ménos como habíamos almorzado — Después, de concluida la comida, volvimos á la sala donde tomamos un excelente café y donde me propuse pasar pacíficamente el resto de la noche —

El vino, el café y la música habian excitado sobre manera mi sensibilidad y casi sin pensarlo me senté al lado de la Elisa — Señorita, la dije, yo creo que tendrá U. la bondad de excusar los desarreglos. . .

— Señor, ningunos de su parte.

— Es U. demasiado indulgente y era de esperarse en una persona que reúne en tan alto grado. . .

— U. me lisonjea mucho. Se conoce que el vino y el café.

— No Señorita; crea U. que mi inclinación á U. ha sido muy antigua y que solo mi excesiva cortedad, ha podido detener la manifestación de los afectos que. . . que. . .

— Pues le aseguro á U. que ni aun lo habia maliciado; ¿conque U. me profesaba buen afecto?

— No diga U. afecto, Señorita, mi corazón ha tiempo que se abrasa por U. en un fuego que. . . me devora; que consume mi existencia: dígame U. Elisa, dígame U. ¿podré esperar alguna correspondencia de su parte?

— Según.

— ¿Qué quiere decir?

— Que según como U. se maneje, U. podrá merecer.

— ¡Oh Elisa adorada! si no se requiere de mi parte más que el buen manejo, inmenso amor y. . . todo, todo en fin, ya puedes mirarme como tuyo — Sí ángel querido, ya tienes á tu lado al más feliz amante. . .

— ¿Como amante?

— ¿Y cómo quieres que me llame?

— Amante será el de cualquiera. . . U. no puede ser sino mi marido.

— ¡Ah ah! qué dices? tu marido? Ah sí, tu marido quiero decir — es cierto. . . é involuntariamente saqué un cigarro del bolsillo y lo fuí á encender en una de las bujías de la mesa.

— ¿Conque soy tu marido, mi querida Elisa? sí, puedes contar con ello. . . á mí me gusta el matrimonio. . . agregué sonriéndome de muy mala gana.

— Será lo que á U. le plazca caballero

— ¿Cómo lo que a mí me plazca? así U. no toma parte alguna en mi. . . felicidad?

— Cuanta sea preciso y no más.

— Pues, Señorita, es U. demasiado tibia; demasiado. . . no sé qué iba decir! ¡cómo! yo me abraso por U. y U. corresponde con tanta indiferencia á la inmensidad de mi amor, que estoy seguro (y aquí no pude ménos de toser un poco para disimular) estoy seguro es el más grande, el más desinteresado, el más fervoroso. . . nó, no merece U. los sacrificios que yo pensaba hacerle y doi gracias á Dios por haberme alumbrado con tiempo.

— Hable U. más despacio que nos oyan.

— Malo! dije para mí sayo, cuando teme que nos oigan es prueba de que la presa no es buena —

— U. hace mal de quejarse sin motivo Sr. Osorio, me contestó con una voz algo

elevada y bajándola en seguida hasta lo sumo y acercándose lo mas que pudo a mi oído continuó: es U. muy injusto: nadie le habrá querido en el mundo mas que yo y no lo ha notado U. hace tiempo? creame U. quisiera tener mucho mérito y alguna cosa que valiera mucho mucho, para cautivar su atencion: creamelo U.—Mañana hablaremos mas despacio.—

Apénas hubo concluido rápidamente estas últimas palabras, entraron en la sala varias personas que saludaron con civilidad á todos y ocuparon sus respectivos asientos—El Sr. Robles se sentó al lado de Elisa, la dijo unas cuantas palabras al oído y se rió como un mandria—Don Isidro Calvo se hizo al lado de un canapé y permaneció silencioso y mohino, dándose la importancia de un hombre que tiene en sus manos algunos hilos de la trama del mundo. Por fin D. Máximo Solares, se sentó mui despacio en una silla recojiendo sobre sus rodillas las puntas de su capa color café.

La conversacion desde luego no se hizo general porque cada uno procuraba en voz baja, hacer sus cumplidos á la persona de su predileccion; mas hubo de notarse esta especie de incivildad y se dio principio á la charla con las frases acostumbradas.

—Ya habrán visto ustedes el periódico nuevo, dijo D. Máximo, como saliendo de un letargo y animado por la disposicion á escuchar que se notaba en todos los circunstantes—

—Yo nó—Ni yo—Contestaron dos Señoritas.

—Pues Sr. contestó Robles, acabo de verle y tomarle el peso en casa de Da. Mariquita donde Ustedes saben que nada falta.... y se rió mui de véras.

—Y? qué le ha parecido? preguntó D. Máximo.

—Así... como todos los periódicos. Tiene folletín....

—Es de rigor.

—No tal... por el contrario ya no se usa.

—¡Cómo! también los papeles están sujetos á la moda?

—Como U. lo oye Sr. D. Máximo: lo están las mugeres que son mas ligeras y no lo estarán los papeles que... Soltaron la carcajada todos los hombres á tan pesado chiste y las Señoritas permanecieron graves y calladas.

—Con que, prosiguió D. Máximo, el tal periódico... ¿cómo se titula?.....

—El Pabellon Nacional.

—¿Y por qué?

—Vaya á preguntarlo á los redactores.

—Son varios, eh!; conquese en suma qué juicio forma U. del periódico y de los redactores?

—Si es hablar á U. verdad, le diré que yo soi poco amigo de periódicos y sobre todo de los que se escribe en nuestro país, donde maldito si les da el naipe para nada. He visto rápidamente algunos artículos desabridos y algunos versos que por malos no me he tomado la molestia de recorrerlos.

—Pues yo creí que seria otra cosa ¿y se puede esperar algo de los redactores?

—Son todos mui hábiles, segun se dice contestó la Elisa.....

—Bah! bah! prosiguió el inflexible Robles: eso se sopla, Señorita: Mire U. yo los conozco como á mis manos y no me engaño: el primero es helado como la cordillera; el segundo vaga por los cielos en pos de los astros, el tercero que es de aquellos que han estado en Europa, ya Ustedes saben, (y el maldito se ponía los dedos índices estirados sobre las orjas): el cuarto vive en la otra banda....

—Vaya! hombres al agua continuó D. Máximo.

—El infante se ahogará con la primera tocesilla

—¿Qué Robles! tiene unas ocurrencias..

—Y lo del Prefecto? dijo D. Máximo.

—Santo Dios! exclamó Da. Eulalia para que se habrán metido esos caballeros con el Sr. Prefecto, tan atento, tan amable y de buen corazón.

—Parece que lo ponen de oro y azul, agregó D. Máximo, primero en una letrilla, en seguida en un artículo titulado "De la no venida del General Castilla," y despues en

un diálogo.—Entonces, tomando yo la palabra por la vez primera, les dije, veo que Ustedes no están al cabo de las cosas y que las juzgan con demasiada lijereza. El Sr. Prefecto del Departamento no tiene motivo para quejarse de los redactores del Pabellon nacional. Sé á punto fijo, que la letrilla á que se refiere el Sr. D. Máximo fué una chanza provocada por el mismo General Cisneros; que el artículo titulado *De la no venida* &c. aunque encomia las elevadas prendas del General Castilla, no por eso deprime el mérito de los demas generales peruanos que, hablando con imparcialidad, merecen ser vistos con estimacion y aprecio. Por lo que hace al Diálogo, fué otra jugarreta de los redactores á consecuencia del desaire que les hizo el General Cisneros con su carta que corre impresa en el mismo número del periódico. Con que ven ustedes....

—Me alegro que hayan precedido semejantes circunstancias, agregó mui de corazón Da. Eulalia, y que el ánimo de esos SS. no haya sido el de zaherir á una persona que... hablemos claro, no conoce enemigos en el Departamento.

—¿Y los Bolivianos Sr. D. Máximo?

—Parece que Baldivian tiene como seis mil hombres mui bien armados y disciplinados, de los cuales como mil y quinientos caballos de á ocho cuartas; no es lo mejor: yo tenia el año pasado un caballito terciado ¿diga U. señor Osorio? pero ¡que hígados de animal! Se lo iban á regalar despues de Torata al jeneral Valdez... sí, esto es muy pieza; les contaré á ustedes, y de facto nos espetó, con una calma aterradora veinte mil portentos del maldito caballo, y aun se hallaba en camino de referirnos el matrimonio de una tia suya con un teniente coronel del ejército español, cuando reventando todos, nos levantamos en masa contra este insufrible tirano de la conversacion, y nos echamos á bailar los Vals de Straus, cuyo rápido movimiento no me parecia bastante para alejarme de las garras del Tirano.

Sentámonos por fin jadeando y el cuerpo hecho una sopa, cuando quiso la desgracia se nos entrara por las puertas una señora gordá que yo conocia lijicamente, y á cuya vista no pude ménos de exclamar con un moderno:

—Fiero Goliat del sexo femenino,

—Volúmen colosal... ¡yo te saludo!

Se adelantó, meneando el brazo derecho que le colgaba, para adelante y para atrás—¡Vidas mias; mi Eulalita! ¿cómo les ha ido á ustedes? No he dejado de preguntar á D. Clemente, aunque tampoco le he visto... ¿Cómo está U. Pastorita? y la Elisa? Ah! allí está la picarona... siempre con los pinganillas, y... qué preciosa! uf! que calor y como me canso.

—Está U. gruesesita.

—No pues, mi Eulalita, por el contrario estoi tan delgada... vea U., (y enjutando el vientre á mas no poder, introdujo con dificultad uno de sus dedos bajo el pico del monillo de terciopelo morado que tenia puesto) así es que el pobre D. Cristos le decia ayer á mi madre, con esa gracia que U. le conoce; *mal año, mi señora; mal año; he perdido dos tesoros; mi plata que me ha quitado ese picaro de... y las carnes de Gertruditas que se ha llevado ese otro viejo desnaturalizado que se llama el tiempo.*

—Pobre D. Cristos, tan agudo y entendido.

—Y también tan desgraciado, mi señora Eulalita. Como no ha sido ningun holgazan y ha sabido con sus sudores....

—Sí, sí, continuó doña Eulalia, trabajador, todo un hombre de bien. Vaya U. á compararlo con los almibarados del dia que llaman pinganillas, que no saben sino espresarse con mil remilgues, ponerse la corbata, afeitarse todos los dias, ¡mi Sea Gertruditas, es cosa de hacerse cruces! y dejarse las barbas y las uñas... no están en tiempo de mi Santo Padre que hubiera tomado un par de tijeras y... buenas pascuas.

—Cierto mi Sea Eulalita; solo viven estos niños con esplin y tan desgraciados que dan pena. U. habia estado mui al cabo de lo que en el dia pasa: ya se vé! con tan

buen talento!.....

—Mil gracias vida mia! una tasita de té?

—No, agradezco; estoi con unas fatigas y temiendo!.....

—Ya estoi, picarona; ¿con que todavía?

—Qué quiere U., así lo ha dispuesto el Señor.

—Elisa, canta algo para tu Gertruditas.

—¿Qué quiere U. mi Sea Gertruditas que le cante?

—Ya que para tí no vivo: ¡me gusta tanto...!

—Ese es un yaravi mas viejo... le cantaré ¡la tremenda!

—No por Dios! vale mas un yaravi que todas esas sandeces de la Orma, y los vales de estráto que cantan todas las candidas del dia. ¡Ah! los yaravies nos hacen llorar... como á unas simples; esa música de estrado y de *Julieto* y *Romea* es lo mismo que cuando los muchachos andan por el teclado, ¡para que sirve eso!

—Aunque no oigo mucho; soi del mismo parecer; me falta manos, mientras dura un yaravi para... é hizo un ademan de limpiarse les ojos; pero estas bobas dicen que no estan de moda, y dale con el martilleo de esa maldita música... ¿querrá U. creer que no entiendo ni una sola palabra cuando cantan en ese guirigai que llaman... ni sé como?

—Así no mas es, mi Sra. Eulalita; yo solo entiendo cuando cantan en castellano.

—¡Ya me la pagarás, picarona! agregó, dirigiendo sus miradas á Elisa; no has querido darme gusto.

—No diga U. eso, contestó la madre; mui mal pareceria que una niña doncella delante de sus parientes, no se portara como lo exigen el decoro y la buena crianza que, gracias á Dios, no dejó de darles su difunto Padre hasta los últimos dias... y se tocó los ojos con el pañuelo.

Era ya tarde y pensaba retirarme cuando se me antojó prestar un tanto el oído á lo que, por lo bajo, se decian el Sr. Robles y Da. Elisa.

—¿Conque puedo contar...?

—Siempre.

—Y? este cándido (señalándome con una mirada) ¿qué te ha dicho?

—Así... que hace tiempo que me ama y que si quiero se casará conmigo.

—¿Cómo! así te lo ha asegurado?

—Así mismo.

—¿Y tú...?

—Le dije que mi corazón tenia dueño.

—Bien dicho. ¡Pobre diablo!

Me puse á talarrear un airecito y tomaba mi sombrero para marcharme, cuando se le puso despedirse á Da. Gertruditas.

—¿Por qué tan pronto vida mia?

—Son las diez y D. Cristos quiere que vaya temprano para calentarle los pies.

—En ese caso... ¡niñas! que le saquen capa... no han devuelto el farol? A bien que el Sr. Osorio la acompañará.

Yo me incliné en medio de la vocería y de los amistosos cargos que tan bulliciosamente se hacen las mugeres al despedirse, ora por ser este el momento mas decisivo para recomendar sus afectos; ora por el gusto que experimentan al verse libres del suplicio en que las mantiene una interminable visita.

—Oyóse pues en confusion aquellas frases acostumbradas... Hásta otro dia... un abrazo... ya lo veremos si cumple... á Dios; ¡tras que la queremos tanto!... cuando U. guste & & y Da. Gertrudis haciendo una venia á todos los señores de la concurrencia me alargó el brazo, no sin decirme por un efecto de costumbre; no se moleste U. Señor Osorio... gracias.

Y emprendimos la marcha á paso lento, no mal parecido yo á aquellas frágiles fallas que sacan á remolque una enormísima embarcacion.

La venta de los números sueltos de este periódico se ha trasladado á la botica de D. Mariano Reinoso, calle de Mercaderes.